

CRÍTICA DE LIBROS

Últimos juegos de la infancia

Crónicas de Umbroso

Escritor: José Antonio Abella.
Editorial: Anaya.

FRANCISCO MARTÍN OTERO

LA aparición de las novelas de José Antonio Abella ha supuesto, hasta la fecha, una sorpresa tanto para el lector más atento como para la crítica más avisada. En la primera, 'Yuda', 1992, nos sorprendió al dar cuerpo y voz propia y personal a un sefardí que nos contaba su niñez en la aljama de Segovia y su salida de Sefarad tras los edictos de expulsión de los Reyes Católicos. No deja de ser una proeza literaria poner en pie los recuerdos de la iniciación a la vida con el lenguaje deslumbrador y auténtico de 1492; rasgo que determina el tono, el tempo y hasta la verosimilitud de la vida narrada.

En su segunda novela, 'La esfera de humo', 1995, parte de una breve apoyatura en un exemplum del Conde Lucanor para ascender a los territorios de la imaginación. Se trata de construir otra realidad u otras realidades a través de la magia y de unas experiencias que buscan la transformación radical de la condición humana y la regeneración moral a través de un lenguaje secreto. La alquimia de D. Yllán constituye un rito de iniciación mística, expresada con una simbología esotérica, como no podía ser por menos.

Los esfuerzos de D. Yllán van dirigidos a liberar a la persona

«En la historia nos podemos reconocer muchos lectores nacidos después de la guerra civil»

«Está narrada de manera sobria, con agilidad y soltura»

del caos material y transmutarlo en espiritualidad pura.

La riqueza simbólica de la novela crea una cosmovisión en la que la naturaleza es el espejo de la alquimia y ésta un espejo del universo.

Acaba de aparecer su tercera novela, 'Crónicas de Umbroso', Anaya, Madrid 2001. Es el relato realista de un niño que al tiempo que juega tiene las primeras experiencias de la vida; de un espacio concreto, el pueblo de Umbroso (con la connotación inevitable de sombrío) y de un tiempo determinado, finales de la década de los cincuenta y primeros años de los sesenta.

Si el mundo de la imaginación es siempre verdad, el tratamiento de la realidad de unas vidas corrientes, de un pueblo de vida plana y de un tiempo vulgar, supone para cualquier escritor un riesgo difícil de superar. En todo tratamiento realista hay un conflicto entre vulgaridad y creación. ¿Cómo crear con los materiales del barro de la vida cotidiana? ¿Cómo alcanzar la naturalidad con unos materiales blandos?

Y, sin embargo, en la historia que Abella cuenta nos podemos reconocer muchos lectores nacidos después de la guerra civil, en donde todavía hay un lejano sonido de bombas y la escuela era un espacio de tortura con recreos de leche en polvo de los americanos.

Iniciación a la vida

El narrador-personaje cuenta desde la memoria del presente su iniciación a la vida en Umbroso. Hijo de una familia de ocho hermanos de los que cuatro murieron, él hereda el nombre de uno de ellos, como si hubiera nacido para rescatar de la muerte la vida robada.

El contrapunto de los juegos en el que se descubre la crueldad con el gato, la muerte del perrillo en el río, el suicidio de la mujer viuda, el dolor, va jalonando la existencia del descubrimiento de la vida y de la propia personalidad. Los aprendizajes del



José Antonio Abella. / ANTONIO TANARRO

dolor a través de sucesos familiares se van depositando imperceptiblemente en la conciencia del niño al tiempo que descubre el misterio del sexo de las niñas, la amistad y otros enigmas de la vida y de la naturaleza.

En aquella existencia plana y rutinaria del pueblo destaca la descripción minuciosa de la escuela nacional-católica-franquista. El niño es sacado de esta rutina por la presencia esporádica de Sietebolsos y su cartera prodigiosa. Es el personaje más real y auténtico, con más entidad y que vertebraba una parte importante de la novela.

El protagonista descubre brutalmente la maldad y la injusticia de los adultos y así, de la noche a la mañana, ya no reconoce a su pueblo, lo ve con otros ojos, con una mirada sorprendida entre el estupor y la rabia. Ahora se siente ajeno a ese pueblo, golpeado por la crueldad de la que hasta esa noche sólo habían sido

víctimas los animales. Y al tiempo que el protagonista abandona con su familia el pueblo, también sale de su infancia y del paraíso y pierde sus patrias, la del lugar de nacimiento y la de la infancia.

Toda la historia está narrada de una manera sobria, con agilidad y soltura, con palabras que tienen vocación de precisión y transparencia, con imágenes de luz clara y azul, a pesar de los recuerdos umbríos, grises y fantasmales que conducen a la desolación y a los escenarios deshabitados del final de los juegos infantiles.

Con esta su última novela Abella ratifica que estamos ante un escritor que en la madurez de sus recursos expresivos es capaz de inventar mundos ajenos al tiempo que puede descender a la tierra y librar batallas con la más cruda realidad cotidiana. Abella está firmemente asentado en la patria del escritor, que es su lengua.